

POTESTAS

RELIGIÓN, PODER Y MONARQUÍA



REVISTA DEL GRUPO EUROPEO
DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA



COMITÉ EDITORIAL

EDITA:

POTESTAS. Grupo Europeo de Investigación Histórica: RELIGIÓN, PODER Y MONARQUÍA

DIRECTORES:

Pedro Barceló, Juan José Ferrer y Víctor Mínguez

SECRETARIA:

Inmaculada Rodríguez Moya

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Dr. Pedro Barceló (Universität Potsdam)
Dr. Juan José Ferrer Maestro (Universitat Jaume I)
Dr. Heinz-Dieter Heimann (Universität Potsdam)
M.A. Eike Faber (Universität Potsdam)
Dra. Christiane Kunst (Universität Potsdam)
Dra. Verónica Marsá (Universitat Jaume I)
Dr. Víctor Manuel Mínguez Cornelles (Universitat Jaume I)
Dr. Carles Rabassa Vaquer (Universitat Jaume I)
Dra. Inmaculada Rodríguez Moya (Universitat Jaume I)
Dr. Michael Stahl (Technische Universität Darmstadt)

CONSEJO ASESOR:

Dr. Jaime Alvar (Universidad Carlos III de Madrid)
Dr. Michele Cataudella (Università di Firenze)
Dr. Manfred Clauss (Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt am Main)
Dr. Jaime Cuadriello (Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM)
Arq. Ramón Gutiérrez (Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana. Buenos Aires).
Dr. Fernando Marías Franco (Universidad Autónoma de Madrid)
Dr. Alfredo J. Morales (Universidad de Sevilla)
Dr. José Manuel Nieto Soria (Universidad Complutense de Madrid)
Dr. Manuel Núñez (Universidad de Santiago)
Dra. Pilar Pedraza (Universitat de València)
Dr. Flocel Sabaté i Curull (Universitat de Lleida)
Dra. Rosa Sanz Serrano (Universidad Complutense de Madrid)
Dr. John Scheid (Collège de France)

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIÓN:

Inmaculada Rodríguez
Departamento de Historia, Geografía y Arte
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Universitat Jaume I. Campus de Riu Sec
Avda. Sos Baynat, sn. 12071 Castellón. España
revistapotestas@uji.es
Teléfono: 964 729651
Fax: 964 729265

IMAGEN DE CUBIERTA: Retrato del emperador Augusto, Camafeo, hacia 14-20 d. C.
British Museum, Londres.

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Carolina Hernández Terrazas

ISSN: 1888-9867

DL:

IMPRIME:

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.



Sumario

MANUEL NÚÑEZ RODRÍGUEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>El Rey en su honra</i>	5
MICHAEL STAHL (Technische Universität Darmstadt) <i>Auctoritas und Charisma: Die Bedeutung des Persönlichen in der Herrschaft des Augustus</i>	23
JAIME ALVAR EZQUERRA (Universidad Carlos III de Madrid) FERNANDO LOZANO GÓMEZ (Universidad de Sevilla) <i>Un tonto entre los dioses: Vilipendio del monarca</i>	35
JORGE SEBASTIÁN LOZANO (Fundación Mainel) <i>El género de la fiesta. Corte, ciudad y reinas en la España del siglo XVI</i>	57
CHRISTIANE KUNST (Universität Potsdam) <i>Der Leichnam des Princeps zwischen Consecratio und Damnatio</i>	79
ROSARIO INÉS GRANADOS SALINAS (Universidad de Harvard) <i>Sorrows for a devout ambassador. A Netherlandish Altarpiece in Sixteenth century Castile</i>	101
PEDRO BARCELÓ (Universität Potsdam) <i>Poder terrestre, poder marítimo: la politización del mar en la Grecia clásica y helenística</i>	131
NICOLAS JASPERT (Ruhr-Universität Bochum) <i>Peregrinos gallegos a Palestina y las relaciones entre los cabildos de Compostela y Jerusalén en el siglo XII</i>	149
MARCO LADEWIG (Universität Potsdam) <i>Triumphus Navalis – Die rituelle Verherrlichung des Sieges zur see</i>	171
JORGE MARTÍNEZ-PINNA (Universidad de Málaga) <i>Algunas observaciones sobre la monarquía romana arcaica</i>	193
Curricula de los autores	213

UN TONTO ENTRE LOS DIOS: VILIPENDIO DEL MONARCA

JAIME ALVAR EZQUERRA / FERNANDO LOZANO GÓMEZ
Universidad Carlos III de Madrid / Universidad de Sevilla

RESUMEN: El presente artículo explora el contradictorio mundo en el que un mortal es convertido en dios por sus congéneres y la perplejidad que los propios congéneres pueden experimentar e incluso ocasionalmente transmitir sobre dicho fenómeno. El trabajo se centra en el caso concreto de la divinización del emperador Claudio en virtud de la comparación de los textos esenciales para el conocimiento de la conversión de este emperador en dios: la *Apocolocíntosis* del divino Claudio, que se atribuye a Séneca; el discurso fúnebre de Nerón, que compuso también el propio Séneca, y la biografía de Claudio redactada por Suetonio. El estudio de estas fuentes nos permite una reflexión sobre las formas de producción de la información histórica, así como una valoración, especialmente acertada en cuanto a Séneca, sobre la diversidad de opiniones y posturas, no siempre inocentes o desinteresadas, que transmiten las fuentes.

Palabras clave: Culto imperial, *Apocolocíntosis*, Suetonio, Séneca.

ABSTRACT: This article explores the contradictory world in which a mortal is turned into a god by his fellows, and the perplexity that these fellows may experience and even occasionally transmit concerning this phenomenon. The study focuses on the specific case of the divinisation of the Emperor Claudius through comparison of the essential texts with information about the conversion of this emperor into a god: the *Apocolocyntosis* of the divine Claudius, attributed to Seneca; Nero's funeral oration, also composed by Seneca, and the biography of Claudius, written by Suetonius. The study of these sources allows us to reflect on the means of production of historical information and its evaluation, particularly relevant in the case of Seneca, concerning the diversity of opinions and positions, not always innocent or disinterested, put across by the sources.

Keywords: Imperial cult, *Apocolocyntosis*, Suetonius, Seneca.

A Luis Gómez Canseco, Señor de Valmalo,
inspirador primero de estas páginas.

ENTRADA: LA DIVINIZACIÓN DEL GOBERNANTE

Hace algún tiempo que venimos dedicando parte de nuestra atención al fenómeno singular de la divinización de los emperadores, primero de una forma general¹ y con posterioridad de forma más precisa en sus manifestaciones concretas, tanto en Oriente,² como en la Península Ibérica.³ El nacimiento de la revista *Potestas* nos brinda la oportunidad de hacer públicas unas impresiones particulares sobre el proceso de conversión en dios de un emperador insólito: Claudio.⁴ Las circunstancias del acontecimiento y las características de la documentación hacen especialmente elocuente el lema de *Potestas* en el que se vinculan la religión y el poder.

Este trabajo se centra en la comparación de los dos textos esenciales sobre la conversión de Claudio en dios, y nos permite una reflexión sobre las formas de producción de la información histórica. En este caso concreto, además, se aprecia una situación paradójica, pues los contemporáneos perciben desconcertados el procedimiento mediante el cual un mortal, aunque emperador, se convierte en un ser divino. Desearíamos que la reflexión trascendiera los límites de una vicisitud específica en el Imperio Romano, pues a pocos se les escaparán las analogías que el suceso tiene con los procesos de beatificación en la Iglesia Católica. No es nuestro objetivo en este momento realizar un estudio comparado desde la óptica de la Historia de las Religiones, que sin duda podría hacerse, sino adentrarnos en el contradictorio mundo en el que un mortal es convertido en dios por sus congéneres y la perplejidad que los propios congéneres pueden experimentar e incluso ocasionalmente transmitir. El asunto se centra en la autoría de la *Apocolocintosis* del divino Claudio, su comparación con el discurso fúnebre de Nerón y con la biografía de Claudio redactada por Suetonio.⁵

1. J. ALVAR: «Religión, política y cohesión social: el culto al emperador», en vva: *Historia del mundo clásico a través de sus textos*, Madrid, 1999, pp. 272-280.

2. F. LOZANO: *La religión del poder. El culto imperial en Atenas en época de Augusto y los emperadores Julio-Claudios*, (British Archaeological Reports, International Series 1087), Oxford, 2002, y F. LOZANO: *Un dios entre los hombres. El culto imperial en Grecia*, en prensa.

3. F. LOZANO y J. ALVAR: «El culto imperial y su proyección en Hispania», en J. ANDREU, J. CABRERO, I. RODÀ (eds.): *Hispania, provincia romana. Hispania en las Provincias Occidentales del Imperio Romano*, en prensa.

4. El reinado de Claudio en A. MOMIGLIANO: *L'opera dell'imperatore Claudio*, Florencia, 1932; V. M. SCRAMUZZA: *The Emperor Claudius*, Londres, 1940 y B. LEVICK: *Claudius*, Londres, 1990. Consúltese también E. MANNI: «Dall'avvento di Claudio all'acclamazione di Vespasiano», *ANRW* II, 2, 1975, pp. 132-137.

5. Existen varias ediciones y traducciones al español de ambas obras. Para el presente artículo hemos escogido la traducción de la *Apocolocintosis* de Juan Mariné Isidro en la Biblioteca Clásica Gredos (BCG 220, Madrid 19XX), y la de Mariano Bassols de Climent (Alma Mater, Barcelona, 1968) para la *Vida de Claudio* de Suetonio.

EL CLAUDIO DE SUETONIO

Suetonio, uno de los biógrafos latinos más conocidos, miembro del orden ecuestre, nació en torno al año 70 y llegó a ser secretario *ab epistulis* de Adriano hasta su caída en desgracia en el 122. Su obra más famosa es el estudio de los príncipes romanos que se sucedieron desde César hasta Domiciano que lleva por título *De vita duodecim Caesarum* (*Vida de los doce Césares*). También publicó otra obra biográfica titulada *De viris illustribus* (*Sobre los hombres ilustres*). En el libro de su obra sobre los Césares que dedica a Claudio, Suetonio deja muy claro desde un principio cuáles fueron las principales características de este emperador atípico y el desprecio que recibió por parte de su familia, sobre todo su propia madre, desde pequeño:

Su madre, Antonia,⁶ no se cansaba de repetir que era un aborto de hombre que la naturaleza había dejado sin terminar y, cuando tachaba a alguien de estúpido, decía que era más estúpido que su hijo Claudio. Su abuela Augusta [Livia], que sentía por él un profundo desprecio, sólo en contadas ocasiones le dirigía la palabra y, cuando tenía que hacerle alguna observación, lo hacía por escrito, por medio de unas líneas breves y tajantes, o valiéndose de una segunda persona. Cuando su hermana Livilla⁷ oyó que un día alcanzaría el poder, rogó a los dioses en público y sin disimulo que alejaran del pueblo romano una suerte tan inicua como innecesaria (cap. 3).⁸

6. Para la madre de Claudio véase especialmente: N. KOKKINOS: *Antonia Augusta: Portrait of a Great Roman Lady*, Londres, 1992. Consúltese asimismo S. E. WOOD: *Imperial Women. A Study in Public Images, 40 BC-AD 68*, Leiden-Boston-Colonia, 2000, pp. 142-176 que versa principalmente sobre su representación iconográfica. La importancia de esta emperatriz, que, como Claudio, también recibió culto en numerosas ciudades del Imperio, se ejemplifica en un epigrafe proveniente de Ilión (IGRom IV 206): «A Antonia, la nieta del Divino Augusto, que fue esposa de Druso Claudio, el hermano del Emperador Tiberio Augusto, hijo de Augusto, y la madre de Germánico César, de Tiberio Claudio Germánico y de Livia [Livilla] [...]»: citado en KOKKINOS: *Antonia...*, pp. 43-45. Sobre la importancia que tuvieron las mujeres Julio-Claudias en las prácticas de culto imperial, véase: R. CID LÓPEZ: «El protagonismo de las mujeres Julio-Claudias en la *Domus Caesarum*: los precedentes de las dinastías helenísticas», en F. J. PRESEDO, P. GUINEA, J. M. CORTÉS Y R. URÍAS (eds.): *Xaire. Homenaje al Profesor Fernando Gascó*, Sevilla, 1997, pp. 249-260.

7. También Julia Livilla recibió culto divino en el Imperio. Un buen ejemplo es el caso de Atenas: W. R. MERKEL: «Notes on South-Slope Inscriptions», *Hesperia*, 16, 1947, pp. 76-77. El culto a Julia Livilla en Pérgamo en: U. HAHN: *Die Frauen des römischen Kaiserhauses und ihre Ehrungen im griechischen Osten anhand epigraphischer und numismatischer zeugnisse von Livia bis Sabina*, Saarbrücken, 1994, n° inventario 154 (IGRom IV 464), 155 (IGRom IV 476) y 156 (IGRom IV 328). Otros posibles lugares de culto en: HAHN; *Die Frauen...*, n° 152 y 153.

8. *Mater Antonia portentum eum hominis dicitabat, nec absolutum a natura, sed tantum inchoatum; ac si quem socordiae argueret, stultiorem aiebat filio suo Claudio. Aua Augusta pro despectissimo semper habuit, non affari nisi rarissime, non monere nisi acerbo et breui scripto aut per internuntios solita. Soror Livilla cum audisset quandoque imperaturum, tam iniquam et tam indignam sortem p(opuli) R(omani) palam et clare detestata est.*

El propio Suetonio reproduce una carta aparentemente enviada por Augusto a Livia en la que deja ver que titubea en su consideración del nieto de su esposa, pues no acierta a resolver si está en sus cabales o si es un retrasado, pero lo cierto es que escribe, mitad en griego, mitad en latín: «No debemos ofrecer a la gente, que está acostumbrada a mofarse y a burlarse de tales deficiencias, un pretexto para reírse de él y de nosotros» (cap. 4.2).⁹ Y a través de estas insinuaciones propone su separación definitiva de los actos oficiales. La misma opinión tuvo su tío Tiberio que lo mantuvo relegado en Campania. Allí el pobre Claudio se rodeó de las gentes más abyectas, «y, como consecuencia de su trato asiduo con hombres de la más baja estofa, a más de su antigua reputación de imbecilidad, se granjeó la vergonzosa fama de borracho y jugador» (cap. 5).¹⁰

Esta imagen de triste payaso del que todo el mundo hacía escarnio la resumió Suetonio en uno de los pasajes más hirientes de su biografía sobre Claudio:

[Nunca] se vio libre de vejaciones [...] Cuando después de comer descabezaba algún sueño, cosa que le ocurría con frecuencia, le molestaban echándole huesos de aceituna o dátiles, y a menudo los bufones lo despabilaban, como se hace con los niños en la escuela, con la palmeta o el látigo. También solían, mientras dormitaba, ponerle en las manos unas sandalias de mujer, para que al despertarse súbitamente se frotara con ellas el rostro (cap. 8).¹¹

Durante el reinado de su sobrino Calígula fue integrado en el *cursus honorum*, que le habían negado Augusto y Tiberio, y llegó a ser cónsul; sin embargo, su sobrino tampoco le tenía especial simpatía. En las deliberaciones senatoriales se hablaba por turno según la *auctoritas*, es decir el prestigio personal; el primero que lo hacía era el *Princeps Senatus*, honor que obtuvo de forma vitalicia Augusto y de donde deriva la modalidad de gobierno conocida como Principado. Sin embargo, Claudio, que sin proponérselo logró exasperar a Calígula, quedó relegado, «a partir de aquel momento fue el último de todos los ex cónsules en votar en el Senado, pues para humillarle era el último a quien consultaban» (cap. 9.2).¹² No acaban ahí las desventuras de este insigne miembro

9. *Praebenda materia deridendi et illum et nos non est hominibus τὰ τοιαῦτα σχώτειν καὶ μυχτηρίζειν εἰωθόν.*

10. *Atque ex contubernio sordidissimorum hominum super ueterem segnitiae notam ebrietas quoque at aleae infamiam subiit.*

11. *Nec eo minus contumeliis obnoxius uixit [...] et quotiens post cibum addormisceret, quod ei fere accidebat, olearum aut palmularum ossibus incessabatur; interdum ferula flagroue uelut per ludum excitabatur a copreis. Solebant et manibus stertentis socci induci, ut repente expergefactus faciem sibimet confricaret.*

12. *Atque ex eo numquam non in senatu nouissimus consularium sententiam dixit, ignominiae causa post omnis interrogatus.*

de la familia imperial, pues «obligado a pagar ochenta millones de sestercios [en realidad, 80.000 sestercios]¹³ para poder ingresar en un colegio sacerdotal recientemente instituido, se vio envuelto en tales dificultades económicas que, no pudiendo cumplir las obligaciones contraídas con el erario, sus bienes fueron puestos a la venta en virtud de un edicto de los intendentes del fisco, de conformidad con la ley reguladora de las expropiaciones» (cap. 9.2).¹⁴

A pesar de todas esas afrentas y vejaciones, los miembros más despabilados de la familia imperial acabaron como acabaron, víctimas en su mayor parte de las intrigas familiares, de modo que el incompetente Claudio se convirtió en el último varón adulto de la familia Julio-Claudia con vida y así: «Habiendo pasado la mayor parte de su vida en medio de estas y otras vicisitudes, alcanzó el poder a los cincuenta años de edad, en virtud de un golpe de fortuna realmente extraordinario» (cap. 10.1).¹⁵ Se encontraba refugiado en un palacete cuando el asesinato de Calígula, pero un soldado vio sus pies tras una cortina, la descorrió para ver a quién pertenecían y en ese instante Claudio cayó de rodillas y saludó al soldado como emperador. El soldado lo condujo hasta donde se encontraban sus compañeros quienes lo subieron, temblando y muerto de miedo, a una litera y lo trasladaron al campamento. La multitud al pasar lo compadecía como a un inocente que fuera llevado al suplicio... A la mañana siguiente, contra todo pronóstico y tras una noche para él sin duda larga, fue aclamado públicamente emperador; las tropas le juraron obediencia y él prometió dar 15.000 sestercios a cada soldado para ganarse su fidelidad.¹⁶

No obstante, el pobre Claudio reunía, al mismo tiempo, algunos caracteres positivos que el propio Suetonio recoge en los capítulos 12-14 de su biografía. Destaca sobre todo su capacidad de estudio, su dedicación a la historia y a la religión de los etruscos. Escribió numerosas obras y muy voluminosas e incluso destacaba en la oratoria cuando tenía un público adecuado ante él. Sin

13. La cantidad señalada es un error de traducción. La expresión *sestertium octogies* ha generado numerosos problemas. El traductor que aquí seguimos propone la disparatada suma de ochenta millones de sestercios. «80.000 gold pieces» sostiene R. Graves (Penguin Books, 1980 (1957), p. 166). Para Agudo Cubas serían «ocho millones de sestercios» (Gredos, 1992, p. 82). «Ochenta millones de sestercios» no sólo es la cantidad para Bassols, como indicamos, sino también para López Soto (Juventud, 1978, p. 214). *Octogies* es ochenta veces, de modo que la expresión *octogies sestertium* debe ser una abreviación de *octogies (mille) sestertium*, es decir, «ochenta veces mil sestercios», como defiende Graves, pero no de monedas de oro, sino de sestercios, que en ese momento son de bronce. Los 80.000 sestercios equivalen a la nada desdeñable cantidad de 20.000 denarios de plata. Agradecemos al Dr. Antonio Alvar, los cuantiosos datos y erudición adicional para resolver este problema.

14. *Postremo sestertium octogies pro introitu noui sacerdotii coactus impendere, ad eas rei familiaris angustias decidit, ut cum obligatam aerario fidem liberare non posset, in uacuum lege praedictoria uenalis pependerit sub edicto praefectorum.*

15. *Per haec at talia maxima aetatis parte transacta quinquagesimo anno imperium cepit quantumuis mirabili casu.*

16. Suet, *Claud.* 10.

embargo, en opinión de su biógrafo, durante su gobierno apenas hizo gala de esas cualidades, pues, de hecho:

En la instrucción de los procesos y en las sentencias fue de una veleidad de ánimo realmente desconcertante, ora sagaz y circunspecto, ora torpe e impulsivo, a veces sin sentido de responsabilidad y procediendo como un demente (15.1)...¹⁷ En un proceso hizo público, después de consultar sus notas, el siguiente veredicto: «Fallo a favor de aquellos que han declarado la verdad». A causa de estas extravagancias se desacreditó hasta el punto de convertirse en el hazmerreír de todos (15.3)¹⁸ [...] A un insignificante griego que litigaba se le escaparon, en el calor de la discusión, estas palabras: «También tú eres viejo y necio». Es cosa sabida que un caballero romano, acusado de atentar contra el pudor de las mujeres, pero sin fundamento, pues la acusación había sido amañada por sus enemigos, hombres de pocos escrúpulos, viendo que vulgares ramerías habían sido citadas para deponer contra él y que su testimonio era considerado como válido, prorrumpió en denuestos contra Claudio llamándole cruel e imbécil y le lanzó contra el rostro el punzón y las tablillas que tenía en la mano, con tanta fuerza que le causó heridas de una cierta gravedad en la mejilla (cap. 15.4).¹⁹

La plebe se envalentona contra el inepto ante tanto desmán y sólo falta un estímulo externo para que salte la chispa. El mejor ejemplo se encuentra en el capítulo 18 de la biografía cuando, a raíz de una enorme carestía provocada por una serie de malas cosechas, la multitud «lo detuvo en medio del foro, le cubrió de improperios, al mismo tiempo que le arrojaba mendrugos de pan, con tanta agresividad que sólo a duras penas logró ponerse a salvo, entrando en el palacio por una puerta de servicio» (18.2).²⁰

Naturalmente su aspecto físico no aportaba nada bueno a la imagen que de él se hacían sus coetáneos, nada prácticamente había en su persona que ayudara a una positiva predisposición de sus súbditos:

No le faltaba autoridad ni prestancia física cuando estaba de pie, sentado y especialmente recostado. Era en efecto alto, no esmirriado, con un rostro atractivo, bellos cabellos blancos y una nuca bien moldeada; en cambio, sus rodillas, poco seguras, le fallaban cuando caminaba y muchos tics le afeaban tanto al bromear como al tratar asuntos graves: su risa era grosera, pero aún

17. *In cognoscendo autem ac decernendo mira uarietate animi fuit, modo circumspectus et sagax, interdum inconsultus ac praeceps, nonumquam friuolus amentique similis.*

18. *De quodam etiam negotio ita ex tabella pronuntiasset creditur: secundum eos se sentire, qui uera proposuissent.*

19. *Litigatori Graeculo uox in altercatione excidit: «Καὶ σὺ γέρων εἶ καὶ μωρός». Equitem quidem Romanum obscenitatis in feminas reum, sed falso et ab impotentibus inimicis conflictu crimine, satis constat, cum scorta meritoria citari aduersus se et audiri pro testimonio uideret, graphium et libellos, quos tenebat in manu, ita cum magna stultitiae et saeuitate exprobatum iecisse in faciem eius, ut genam non leuiter perstrinxerit.*

20. *Detentus quondam in medio foro a turba conuulsus et simul fragminibus panis ita infestatus, ut aegre nec nisi postico euadere in Palatium ualuerit.*

más repulsiva su cólera, pues arrojaba espuma por la boca y la nariz le goteaba; además de esto, tartamudeaba y su cabeza oscilaba de un lado a otro continuamente... (cap. 30).²¹

Incluso, lo que en cualquier otro gobernante pudiera haber sido tomado como gesto de extremada humanidad o malicioso sentido del humor, en Claudio se consideraba una muestra adicional de su cortedad mental:

Se cuenta incluso que había preparado un edicto por el cual concedía licencia para soltar ventosidades, con o sin ruido, en la mesa, porque supo de un invitado que había corrido graves riesgos a fuerza de contenerse para no contravenir las normas de la buena crianza (cap. 32).²²

También se le acusó de disfrutar con el sufrimiento ajeno y de ser un hombre sanguinario.²³ Con frecuencia los sacrificios humanos se convirtieron en las diatribas imperiales en arma arrojadiza para denostar los comportamientos ajenos. En el caso de Claudio se reitera su carácter sanguinario en todos los ámbitos, especialmente al aplicar «en su propia presencia la tortura en los procesos y castigos a los parricidas» (cap. 34.1).²⁴

Y dependiendo de las circunstancias, algunas de sus argumentaciones podrían considerarse como ratificación de su imbecilidad supina o bien como residuos de una extraña inteligencia. Un buen ejemplo lo constituye el recurso a su propia estupidez. Claudio afirmaba que se vio obligado a hacerse el imbécil para salvar su vida bajo el reinado de otros miembros de la dinastía Julio-Claudia. Este argumento, a pesar de que hoy día parece aceptado y consumido por el público general en obras conocidísimas, como la novela de Robert Graves²⁵ sobre el emperador y su versión televisiva, en la Antigüedad, sin embargo, fue denostado y, en opinión al menos de Suetonio, no convenció a nadie:

21. *Auctoritas dignitasque formae non defuit ei, uerum stanti uel sedenti ac praecipue quiescenti, nam ex prolixo nec exili corpore erat et specie canitieque pulchra, opimis ceruicibus; ceterum et ingredientem destituebant poplites minus firmi, et remissee quid uel serio agentem multam deshonestabant: risus indecens, ira turpior spumante rictu, uentibus naribus, praeterea linguae titubantia caputque cum semper.*

22. *Dicitur etiam meditatatus edictum, quo ueniam daret flatum crepitumque uentris in conuiuio emittendi, cum periclitatum quedam prae pudore ex continentia repperisset.*

23. Suet., *Claud.*, 34.

24. *Tormenta quaestionum poenasque parricidarum repraesentabat exigebatque coram.*

25. R. GRAVES: *Yo, Claudio*, Barcelona, 1986, y la segunda parte, *Claudio el dios y su esposa Mesalina*, Barcelona, 1987. En la primera parte de la novela, Herodes Agripa sentencia: «Querido Claudio. He conocido listos que se fingían tontos y tontos que se fingían listos. Pero eres el primer caso que he visto de un tonto que se finge tonto. Te convertirás en un dios.»

Y ni siquiera tuvo la prudencia de abstenerse de hablar de su propia necedad, y así, en algunos de sus discursos, afirmó que la había simulado adrede durante el gobierno de Gayo porque de no haberlo hecho así no hubiera sobrevivido ni alcanzado la meta que se había fijado. La verdad es que no convenció a nadie de ello, pues al poco tiempo apareció un libro titulado «La rebelión de los imbéciles», por el que se demostraba que nadie puede hacerse pasar por imbécil (cap. 38.3).²⁶

Otros casos que corroboraban para Suetonio la estupidez universal de este César, estaban en relación con su mala memoria y, como se indicó antes, lo que en otro emperador hubiera pasado por una muestra de brutalidad o humor negro, en Claudio quedaba sólo como prueba fehaciente de que era un tonto:

Entre otras cosas, llenaban especialmente de asombro a los que le trataban su falta de memoria y su inconciencia [...] Una vez ejecutada Mesalina, tomó asiento en la mesa y al poco rato preguntó por qué no acudía la Señora. A muchas personas condenadas por él a muerte les hacía avisar al día siguiente para que acudiesen a consejo o a jugar a los dados (cap. 39.1).²⁷

Finalmente, el biógrafo, tras salpimentar su discurso con toda suerte de episodios e invectivas, compendia esta incapacidad del emperador en una sentencia demoledora: «Mostraba a menudo tanta incongruencia en la forma como hablaba y procedía, que daba la impresión de no saber, ni tener en cuenta quién era, ni en el sitio y tiempo en que se hallaba, ni quiénes eran sus interlocutores» (cap. 40.1).²⁸

El anecdotario de la estupidez de este César se antoja interminable. Se trata sólo de una selección de las atribuciones que le hace Suetonio, quien remata su obra magistralmente con el último de los escarnios, la divinización de Claudio, que constituye el final apoteósico con el que culmina la comicidad esperpéntica de esta biografía imperial. Tras ser aparentemente envenenado, su muerte se mantuvo en secreto para lograr el tiempo necesario para arreglar su sucesión. Para engañar al pueblo, incluso se hizo venir a comediantes que supuestamente contribuyeran a aliviar el dolor del emperador que habría solicitado su presencia. Finalmente, el imbécil se convirtió en dios, aunque siguió cosechando honores e invectivas a partes iguales:

26. *Ac ne stultitiam quidem suma reticuit simulatamque a se ex industria sub Gaio, quod aliter euasurus peruenturusque ad susceptam stationem non fuerit, quibusdam oratiunculis testatus est; nec tamen persuasit, cum intra breue tempus liber editus sit, cui index erat «Μωρῶν ἑπανόστωσις», argumentum autem stultitiam neminem fingere.*

27. *Inter cetera in eo mirati sunt homines et obliuionem et inconsistentiam [...] Occisa Messalina, paulo post quam in triclinio decubuit, cur domina non ueniret requisit. Multos ex iis, quos capite damnauerat, postero statim die et in consilium et ad aleae lusum admoneri iussi.*

28. *Sermones uero rerumque tantam saepe neglegentiam ostendit, ut nec quis nec inter quos, quoque tempore ac loco uerba faceret, scire aut cigitare existimaretur.*

Murió el día tercero antes de los idus de octubre²⁹ [...] a los sesenta y cuatro años de edad [...] Fue enterrado con la pompa imperial acostumbrada, y *elevado a la categoría de los dioses*, honor que Nerón dejó en suspenso y <finalmente> abolió, pero que más tarde Vespasiano volvió a restablecer (cap. 45).³⁰

Ya hemos tenido, pues, la oportunidad de hacernos una idea de cómo veían algunos de sus contemporáneos al divino Claudio, al menos según Suetonio: un tonto de remate colocado entre los dioses. Pero el tonto, además de tonto fue perverso, por lo que le debemos suponer unas luces distintas a las de los tontos inocuos. No es nuestra intención aquí establecer una tipología de tontos. Ese trabajo ya lo ha hecho por todos nosotros Carlo María Cipolla en su *Allegro ma non troppo*, cuyo primer ensayo está dedicado a la estupidez.³¹ Dentro de su taxonomía, en opinión de Suetonio y sus contemporáneos, Claudio entraría en la categoría de la estupidez más profunda, que corresponde a aquellos que hacen daño sin obtener provecho a cambio. Sin embargo, la maldad atribuida a Claudio es tan grave que difícilmente puede ser considerada gratuita.

Pero la literatura antigua insiste en ello. En este sentido, es importante destacar que la información que transmiten las fuentes literarias no coincide con el registro arqueológico o la información epigráfica.³² En ambas series informativas queda claro que Claudio se incorporó a los panteones locales del Imperio como lo habían hecho Augusto, Livia y otros miembros de la casa imperial antes que él.³³ El vilipendio al monarca que estudiamos en estas líneas se magnifica, en nuestra opinión, al convertirse en una voz discordante en un coro de respeto y sumisión al emperador: una manifestación subversiva que enriquece la comprensión de la compleja relación que se estableció entre los gobernantes y sus súbditos durante el Imperio romano. Baste con recordar las estatuas en las que Claudio, sin deformaciones físicas, se representa siguiendo el modelo de Zeus-Júpiter, y los numerosos sacerdocios y rituales que se consagraron al emperador tanto en vida como tras su muerte.³⁴

29. Corresponde al 13 de octubre del 54.

30. *Excessit III Id. Octob. [...] sexagesimo quarto aetatis [...] funeratusque est sollemni principum pompa et in numerum deorum relatus; quem honorem a Nerone destitutum abolitumque recepit mox per Vespasianum.*

31. C. M. CIPOLLA: *Allegro ma non troppo*, Barcelona, 1991.

32. Una visión general del reinado de Claudio con especial atención a la imagen artística y su acción de gobierno en V.M. STROCKA, (ed.): *Die Regierungszeit des Kaisers Claudius (41-54 n. Chr.). Umbruch oder Episode?* (Internationales Interdisziplinäres Symposium aus Anlass des hundertjährigen Jubiläums des Archäologischen Instituts der Universität Freiberg i.Br., 16.-18. Februar 1991.), Mainz, 1994.

33. Sobre el culto a Claudio, consúltese: M. CLAUSS: *Kaiser und Gott. Herrscherkult im römischen Reich*, Stuttgart-Leipzig, 1999, pp. 94-98. Sobre Livia puede verse la nueva edición del conocido libro de A.A. BARRETT: *Livia: First Lady of Imperial Rome*, New Haven, 2004.

34. Los postulados religiosos de la capital del Imperio no tenían necesariamente un correlato directo en las ciudades provinciales. Un buen ejemplo es el número y la identidad de los miembros de la casa imperial que recibieron culto en Roma y en las provincias, véase: F. LOZANO: «*Divi Augusti and Theoi Sebastoi: Roman Initiatives and Greek Answers*», *Classical Quarterly*, 57.1, 2007, pp. 1-14.

EXCURSO SOBRE LOS ANTECEDENTES

El último representante del sistema republicano, Julio César, fue honrado a su muerte con la colocación de su estatua entre las de los dioses y su culto quedó garantizado por un *flamen*, un sacerdote dedicado a los rituales oficiales (Dion Casio, 43.45). Fue entonces cuando el mes *Quintilis* (Dion Casio, 44.6; Apiano, *Guerras Civiles*, 2.106) pasó a llamarse *Iulius*, para que no quedara duda de la magnitud de lo que estaba ocurriendo: un mortal se acababa de convertir en dios.³⁵ Naturalmente, a la muerte del primero de los emperadores se decretaron también honores divinos y el mes *Sextilis* cambió para siempre su nombre por el de Augusto.³⁶ Por todas partes se crearon colegios sacerdotales encargados de asegurar la celebración de su culto. En cada provincia un *flamen* era la autoridad suprema dedicada al cuidado de los honores divinos; muchos libertos de la familia imperial fueron destinados a los sacerdocios por las provincias, como verdaderos agentes del culto.³⁷ A partir de entonces el Senado tenía la prerrogativa de votar la divinización

35. Para los honores concedidos a Julio César, véanse: Cic. *Phil.* 2. 43. 110; Cass. Dio 44. 4-8; App. *B Civ.* 2. 106, y Suet. *Iul.* 76. 1, y 84. 2. Un estudio detallado de estos honores y las diferentes interpretaciones que existen sobre ellos en: S. WEINSTOCK: *Divus Iulius*, Oxford, 1971, en especial capítulo 17. Véase también: CLAUSS: *Kaiser...*, pp. 46-53.

36. Para la aproximación de Octavio al culto de su padre divinizado, véase: H. WHITTAKER: «Two notes on Octavian and the cult of Divus Iulius», *SO*, 71, 1996, pp. 87-99. Véase también: CLAUSS: *Kaiser...*, pp. 57-59. El uso político que hizo Octavio de este culto queda patente en su frecuente empleo del epíteto de *divi filius*: Suet. *Iul.* 88. La obra más reciente sobre el culto imperial en Roma, que recoge la bibliografía anterior sobre el tema, es: I. GRADEL: *Emperor Worship and Roman Religion*, Oxford, 2002.

37. La bibliografía sobre el culto a los gobernantes en el mundo Antiguo es muy amplia. Dos obras clásicas sobre el asunto son: L. CERFAUX y J. TONDRIAU: *Le culte des souverains dans la civilisation greco-romaine*, París, 1957, y F. TAEGER: *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes*, Stuttgart, 1957. Varios trabajos de Nock y Taylor dieron forma a los estudios y sentaron las bases de las posteriores discusiones: A. D. NOCK: «Studies in the Graeco-Roman beliefs of the empire», *JHS* 45, 1925, pp. 84-101; «*Sunnaos Theos*», *HSCP* 41, 1930, pp. 1-62; «The Institution of Ruler-Worship», *CAH* 10, 1934¹, pp. 481-489; «The Cult of Heroes», *HThR* 37, 1948, pp. 141-174; «Deification and Julian», *JRS* 47, 1957, pp. 115-123; y L. R. TAYLOR: *The Divinity of the Roman Emperor*, Middletown, 1931. Los antecedentes helenísticos de las prácticas romanas se pueden consultar en C. HABICHT: *Gottmenschentum und griechische Städte*, Múnich, 1970². De la bibliografía posterior, dos obras en especial merecen ser destacadas, porque cambiaron la concepción de culto imperial como un fenómeno exclusivamente político: K. HOPKINS: *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978, pp. 197-242, y S. PRICE: *Rituals and Power. The Roman imperial cult in Asia Minor*, Cambridge, 1984. Véase también: W. DEN BOER (ed.): *Le Culte des Souverains dans l'Empire Romain*, Ginebra, 1973. La obra monumental de D. FISHWICK: *The Imperial Cult in the Latin West*, Leiden, 1987-2004, vols. I-III, también es fundamental para el estudio detallado de los testimonios, aunque sus conclusiones teóricas se alejan de los postulados de Hopkins y Price. El único intento reciente de realizar una valoración general del culto a los emperadores, que sigue el camino de la obra de Cerfaux y Tondriau, es la obra de Clauss (*Kaiser...*).

de los emperadores muertos, instrumento de legitimación del orden imperial, de la sucesión dinástica y del control senatorial sobre la actuación de los emperadores.³⁸ Tiberio se resistió a que le concedieran los honores divinos ante la solicitud de una embajada de hispanos que querían erigirle un santuario en vida. Según Tácito (*Ann.* 4.38.1) respondió a los senadores proclives a aceptar la propuesta: *Ego me, patres conscripti mortalis sum.*³⁹ Pero de nada valió aquella declaración de humana mortalidad. Aún en vida se le erigió un templo en Esmirna, junto a su madre Livia y a la personificación del Senado, y otras muchas poblaciones le honraron junto a su antecesor divino, Augusto.⁴⁰ Su sucesor, Calígula, exigió honores propios de los dioses en vida.⁴¹ Pero a su muerte, el Senado no ratificó su cualidad divina, de modo que no pudo acceder a la inmortalidad que propiciaba el culto imperial. Y con esos antecedentes llegamos al caso de Claudio. Pero antes de centrarnos en la forma en la que se produjo la muerte del emperador y su divinización en Roma, es interesante señalar que su política en relación con el culto imperial retornó, tras el período de Calígula, a los parámetros defendidos por Tiberio, al menos eso parece indicar

38. Sobre el puesto del Senado como juez de la divinidad imperial véase: PRICE: *Rituals...*, en esp. pp. 91-92. Véase también la somera discusión de D. N. SCHOWALTER: *The Emperor and the Gods*, (Harvard Dissertations in Religion, 28), Minneapolis, 1993, pp. 64-65. La importancia del Senado se fue haciendo cada vez menor, sobre todo a partir del siglo II d. C., seguramente coincidiendo con el reinado de Trajano.

39. El rechazo del culto imperial por parte de los emperadores fue frecuente. Para muchos investigadores, se trataba de una forma de mostrar humildad ante los dioses, aunque el final predecible fuera que los cultos se terminaran aprobando. De esa manera se liberaba en buena medida a los Césares de la soberbia de querer ser dioses. El trabajo clásico sobre el tema es: M. P. CHARLESWORTH: «The Refusal of Divine Honour, an Augustan Formula», *PBSR*, 15, 1939, pp. 1-10. Otros ejemplos sobre el rechazo de honores divinos por parte de los emperadores son: 1) Para el reinado de Augusto, la conversación de Mecenas y Agripa, D.C. LII, 35, 3 y ss.; 2) Para el reinado de Tiberio, la respuesta a los habitantes de Gitio, con información análoga a la mencionada en el texto en relación con Hispania, J. H. OLIVER: *Greek Constitutions of early Roman Emperors from inscriptions and papyri*, (Memoirs of the American Philosophical Society, 178), Filadelfia, 1989, n° 15 II (=SEG 11, 922); así como el discurso de Germánico a los alejandrinos, OLIVER: *Greek Constitutions...*, n° 17; y, 3) Para el reinado de Claudio, la carta a los alejandrinos, OLIVER; *Greek Constitutions...*, n° 19, y la carta a los habitantes de Tasos, OLIVER: *Greek Constitutions...*, n° 23.

40. Para el culto a Tiberio en general, consúltese: CLAUS: *Kaiser...*, pp. 507-9. Para Esmirna, en concreto: B. BURRELL: «*Neokoroi*»: *Greek Cities and Roman Emperors*, Leiden-Boston, 2004, pp. 38-54.

41. Para el culto imperial y la actitud de Calígula, consúltese, por conveniencia: CLAUS: *Kaiser...*, pp. 89-94. Véanse también los comentarios sobre el templo de Mileto, consagrado a Calígula, y sobre el culto a este emperador en general en: BURRELL: «*Neokoroi*»..., pp. 55-57. Una visión completamente sesgada sobre Calígula como el más salvaje y extravagante emperador se puede obtener en A. A. BARRETT: *Caligula. The corruption of power*, Londres, 1989, sobre sus honores divinos, véanse las páginas 140-153, donde defiende la ruptura de Calígula con la tradición anterior por imponer su culto en vida gracias a su peculiar apropiación del genio imperial. Una posición mucho más ponderada, derivada del análisis historiográfico de las fuentes y su tendenciosidad, puede hallarse en A. WINTERLING: *Caligula*, Barcelona, 2006.

el significativo texto de una inscripción, conservada en Alejandría, en la que Claudio informa a los habitantes de la ciudad de la manera en la que cree adecuado que le honre:

Declino tanto el nombramiento de un sumo sacerdote como la consagración de templos a mi persona, ya que no quiero ser ofensivo a los hombres de mi época y porque creo que los templos y las cosas de ese tipo se han reservado en exclusiva a los dioses a lo largo de la historia.⁴²

EL CLAUDIO DE LA APOCOLOCÍNTOSIS

Volvamos ahora a la muerte de este emperador y los acontecimientos que sucedieron después. En su práctica totalidad las fuentes señalan que el emperador es eliminado, víctima de envenenamiento. Al parecer al frente del complot se encuentra su propia esposa Agripina⁴³ que, así, evitaba cualquier posibilidad de gobierno al primogénito de Claudio, Británico, fruto de la ardiente y desafortunada Mesalina.⁴⁴ Con la muerte del emperador se mantenía el control político en la camarilla de palacio para lograr la sucesión en el hijo del primer matrimonio de Agripina con Lucio Domicio Enobarbo, posteriormente adoptado por el emperador, Nerón, casado con Octavia, hermana de Británico.⁴⁵ Locusta, una mujer que había sufrido condena por envenenamiento, fue la encargada de preparar el tósigo; el catador real, el eunuco Haloto, suministró a Claudio la ponzoña mezclada en un plato de setas, pasión del emperador; el médico Jenofonte, implicado en la trama, bajo pretexto de calmar los retortijones imperiales introducía en la garganta más veneno con una pluma. Al día siguiente del emperador no quedaba más que un cadáver descompuesto, la vida se le había escapado entre terribles convulsiones. La familia de Mesalina fue encerrada en habitaciones incomunicadas. Ya hemos visto cómo durante días se mantuvo en secreto la muerte. Sólo se dijo que el emperador había enfermado y para disimular, incluso se hizo entrar en palacio a una compañía de comediantes supuestamente reclamada por Claudio. Finalmente el 13 de octubre, a mediodía, se abrieron las puertas de palacio. Salió Nerón acompañado por el prefecto

42. OLIVER: *Greek Constitutions...*, n° 19, líns. 27-51.

43. Sobre el personaje puede verse la tendenciosa biografía de A. A. BARRETT: *Agrippina: Sex, Power, and Politics in the Early Empire*, New Haven, 1996. Productos más recientes y equilibrados: J. GINSBURG: *Representing Agrippina: Constructions of Female Power in the Early Roman Empire*, Oxford, 2006 y J. BURNS: *Great Women of Imperial Rome: Mothers and Wives of the Caesars*, Londres y Nueva York, 2007.

44. A. ALEXANDRIDIS: *Die Frauen des römischen Kaiserhauses. Eine Untersuchung ihrer bildlichen Darstellung von Livia bis Iulia Domna*. Mainz, 2004; E. MEISE: «Die Berichte der antiken Quellen über Messalinas Ende», en *Untersuchungen zur der Geschichte de julisch-claudischen Dynastie*, Munich, 1969, pp. 123-69.

45. C. EHRHARDT: «Messalina and the Succession to Claudius», *Antichthon* 12, 1978, pp. 51-71.

del pretorio, Burro, quien instó a la guardia de palacio que aclamara a Nerón. La comitiva se dirigió al campamento donde pronunció un discurso en el que prometió una gratificación personal a cada pretoriano, como había hecho su padre adoptivo. Allí fue, de nuevo aclamado emperador.

Como demostración de piedad filial, Nerón organizó unos extraordinarios funerales que Tácito compara con los del mismísimo Augusto. Al día siguiente el nuevo emperador pronunció el discurso fúnebre ante el Senado para lograr la deificación de su antecesor. Las reacciones fueron recogidas por Tácito (*Ann.* 13.3):⁴⁶

Mientras recordaba la antigüedad de su linaje y los consulados y triunfos de sus mayores, se mantuvieron serios tanto él [Nerón] como los demás; también el recuerdo de su dedicación a los estudios y de que bajo su reinado el estado no había sufrido desastre alguno en el exterior se escuchó con disposición favorable. Ahora bien, cuando pasó a hablar de su prudencia y sabiduría, nadie era capaz de contener la risa⁴⁷ (trad. de José L. Moralejo, BCG 30).

Pues bien, el encargado de redactar ese discurso fue su preceptor Lucio Anneo Séneca,⁴⁸ uno de los modelos que la cristiandad ha seleccionado de la ética estoica, del que afirmó Tertuliano que fue «a menudo, uno de los nuestros»;⁴⁹ en definitiva, uno de los más venerables pensadores del mundo antiguo. Prosopeya del comportamiento moral. Este Séneca aplaudido y venerado escribió numerosas obras filosóficas,⁵⁰ pero al mismo tiempo redactó un opúsculo de

46. La imagen que sobre Claudio expresa Tácito resulta asimismo esclarecedora para nuestro propósito, pues nos ha servido de guía para la intervención de Séneca en toda la construcción historiográfica, como se indica algo más abajo. En cualquier caso, véanse: A. MEHL: *Tacitus über Kaiser Claudius*, Múnich, 1974, y A. DE VIVO: *Claudio e Tacito: Storia e codificazione letteraria*, Nápoles, 1980.

47. *Dum antiquitatem generis, consulatus ac triumphos maiorem enumerabat, intentus ipse et ceteri; liberalium quoque artium commemoratio et nihil regente eo triste rei publicae ab externis accidisse pronis animis audita: postquam ad providentiam sapientiamque flexit, nemo risui temperare.*

48. La bibliografía sobre Séneca es, huelga decirlo, muy amplia. Consúltense, principalmente: M. T. GRIFFIN: *Seneca. A Philosopher in Politics*, Oxford, 1976; P. GRIMAL: *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1978, y P. VEYNE: *Séneca y el estoicismo*, Méjico, 1993. Una aproximación bibliográfica a Séneca en: A. L. MOTTO y J. R. CLARK: *Seneca. A Critical Bibliography, 1900-1980: Scholarship on his Life, Thought, Prose and Influence*, Ámsterdam, 1989. Véase asimismo la reciente obra colectiva: M. RODRÍGUEZ-PANTOJA (ed.): *Séneca, Dos Mil años después*, Córdoba, 1997. De escasa utilidad para nuestro actual propósito es el interesante trabajo de J.-M. ANDRÉ: «Les Sénèques et l'Espagne», en *Hispanité et romanité*, Collection de la Casa de Velázquez, n° 84, Madrid, 2004, pp. 1-16.

49. TERTULIANO, *Sobre el alma* 20.1. Para el Séneca cristiano, véase recientemente: C. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ: «*Epistulae Morales ad Lucilium: Seneca cristiano*», en Rodríguez-Pantoja, *Séneca...*, pp. 307-332.

50. Entre sus escritos filosóficos destacan: *De providentia*; *De constantia sapientis*; *De ira*; *De vita beata*; *De otio*; *De tranquillitate animi*; *De brevitae vitae*; *De clementia*; *De providentia*; *De beneficiis*; *Ad Marciam de consolatione*; *Ad Polibium de consolatione*, y *Epistolae morales ad Lucilium*. En general se ha defendido que Séneca aprovecha sus discursos filosóficos para elaborar una crítica política. Para el caso particular de la *consolatio ad Polybium*, véase E. LEFÈVRE: «Die Literatur der

carácter satírico⁵¹ cuyo nombre latino desconocemos, pero que en griego dio en llamarse *Apocolocintosis*, un juego de palabras que vincula *kolokynte* («calabaza») con *apotheosis*, de modo que aun sin haber acuerdo entre los eruditos se interpreta como «la conversión en calabaza» o «la metamorfosis de una calabaza».⁵²

El voto favorable del Senado puso en marcha el procedimiento de conversión en dios (*apotheosis*) del emperador difunto,⁵³ mientras que la panfletaria sátira de Séneca permite observar lo que ocurrió entonces desde el otro lado

claudischen Zeit-Umbruch oder Episode?», en V.M. STROCKA (ed.): «Die Regierungszeit des Kaisers Claudius (41-54 n. Chr.). Umbruch oder Episode?» (*Internationales Interdisziplinäres Symposium aus Anlass des hundertjährigen Jubiläums des Archäologischen Instituts der Universität Freiberg i.Br.*, 16.-18. Februar 1991.), Mainz, 1994, pp. 107-114, por lo que no debemos establecer esa dicotomía frecuente entre el Séneca pensador y el Séneca político con el objetivo de rescatar al moralista contradictorio con su ejercicio público. Por lo demás, hay numerosas traducciones al español. Por accesibilidad citamos: *Diálogos. Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis*, (trad. Juan Mariné Isidro, BCG 220); *Epístolas morales a Lucilio* (trad. Ismael Roca Meliá, BCG 92 y 129); *Cuestiones naturales* (trad. Carmen Codoñer Merino, en Colección hispánica de autores griegos y latinos), y *Tragedias* (trad. Jesús Luque Moreno, BCG 26 y 27).

51. Aunque en el s. XIX algunos autores dudaron de la autoría del discurso, en la actualidad parece haber acuerdo en que Séneca escribió la sátira (véase, por conveniencia, la introducción a la obra en BCG 220, pp. 172-173). Todos los manuscritos lo señalan como autor de la obra y Dion Casio le atribuye asimismo un trabajo sobre Claudio (60.35.3). La defensa de su autoría y de la de la tragedia *Octavia* en B. M. MARTI: «Seneca's Apocolocytosis and Octavia: A Diptych», *The American Journal of Philology*, nº 73. 1, 1952, pp. 24-36. Ch. Reitz, *Literatur im Zeitelalten Neros*, Klassische Philologie Kompakt, Darmstadt, Vissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006, hace un extenso comentario de esta obra entre la producción literaria de Séneca.

52. El título de la obra ha recibido mucha atención (BCG 220, pp. 167-171). En cualquier caso, «el título de la sátira basa su fuerza irónica en la mera pero efectiva sustitución de «dios» por «calabaza=tonto» en una palabra, apoteosis, que se empleaba corrientemente para designar un proceso casi habitual a la muerte de los emperadores o de un miembro de la familia imperial», *ibidem*, p. 171. También resulta interesante la propuesta de R. RONCALI: *L'apoteosi negata. Apocolocytosis*, Venecia, 1989, pp. 12-16 que prefiere «apocolocentosis» (desgarramiento por garfios) que según recogió Dion Casio (60.35.3) fue la forma en la que Galión, hermano de Séneca, describió la llegada al cielo de Claudio. Los garfios, en efecto, fueron uno de los métodos más frecuentes para desembarazarse de los cadáveres de los criminales ajusticiados (véase especialmente sobre este asunto D. G. KYLE: *Spectacles of Death in Ancient Rome*, Londres-Nueva York, 1998, caps. 4, 5 y 7), de forma que el título, según Roncali, sugiere que el emperador tonto abandonó el mundo como un reo de muerte.

53. Sobre la ceremonia de la apoteosis imperial, véase: S. PRICE: «From Noble Funerals to Divine Cult: the Consecration of Roman Emperors», en D. CANNADINE y S. PRICE (eds.): *Rituals of Royalty: Power and Ceremonial in Traditional Societies*, Cambridge, 1987, pp. 56-105 (nota 1 para bibliografía anterior). Consúltese, asimismo, la obra de J. ARCE: *Funus imperatorum* (Madrid, 1988). Las representaciones artísticas de la apoteosis aparecen recogidas en: L. J. KREITZER: *Striking New Images. Roman Imperial Coinage and the New Testament World*, Sheffield, 1996, pp. 69 y ss.

del escenario:⁵⁴ «Quiero transmitir a la posteridad lo que sucedió en el cielo el día tercero antes de las idus de octubre [...]» (Sen. *Apocol.* 1.1).⁵⁵

Tras una breve presentación del tema y del momento en el que se produjeron los hechos, el autor continúa:

Claudio se puso a exhalar el alma y no sabía encontrar una salida. Entonces Mercurio, que siempre había disfrutado de su ingenio, se lleva aparte a una de las tres Parcas y le dice: «Hembra sin corazón, ¿cómo consientes que se vea atormentado este infeliz? ¿Es que no podrá descansar nunca tras tanto tiempo de tortura? Son sesenta y cuatro los años que lleva peleándose con su propia alma [...] Consiente que por una vez digan la verdad los astrólogos, que lo entierran cada año, cada mes, desde que fue nombrado emperador (Sen. *Apocol.* 3.1-2).⁵⁶

En cualquier caso, como hemos visto, la muerte sobrevino a Claudio en penosas condiciones, mientras que esta sátira la describe así:

Y él largó fuera su alma por fin y desde entonces dejó de aparentar que estaba vivo. Por cierto, murió mientras escuchaba a unos comediantes, para que veas que no les tengo miedo sin motivo. Éstas fueron sus últimas palabras oídas entre los vivos (a la vez que emitía un ruido más fuerte por esa parte con la que hablaba mejor): «¡Pobre de mí, creo que me he cagado!». Si lo hizo, no lo sé; lo cierto es que lo dejó todo cagado (Sen. *Apocol.* 4.2-3).⁵⁷

A continuación se relata el ingreso de Claudio en el cielo. Se anuncia a Júpiter que ha llegado alguien de notable estatura, bien encanecido, que mueve constantemente la cabeza de forma amenazadora y que arrastra el pie derecho.

54. La *Apocolocyntosis* no sólo critica la ascensión al Olimpo de Claudio, sino todo el procedimiento de divinización, en especial, la presencia de un testigo que daba fe de los hechos. Por eso, para sustentar la veracidad de su relato, el autor menciona a ese testigo de excepción, comprado habitualmente por un miembro interesado de la familia imperial, y lo equipara con el que se utilizó para certificar la apoteosis de Drusila (Sen. *Apocol.* 1, 2). La asamblea de los dioses también es atestiguada de la misma forma (Sen. *Apocol.* 5, 1). El testigo de la ascensión de Julia Drusila fue Livio Gémino que recibió una considerable fortuna por sus servicios: D. C. 59.11.

55. *Quid actum sit in caelo ante diem III idus Octobris [...] volo memoriae tradere.*

56. *Claudius animam agere coepit nec invenire exitum poterat. Tum Mercurius, qui semper ingenio eius delectatus esset, unam e tribus Parcis seducit et ait: «Quid, femina crudelissima, hominem miserum torqueri pateris? Nec unquam tam diu cruciatus cesset? Annus sexagesimus et quartus est, ex quo cum anima luctatur [...] Patere mathematicos aliquando verum dicere, qui illum, ex quo princeps factus est, omnibus annis, omnibus mensibus efferunt.*

57. *Et ille quidem animam ebullit, et ex eo desiit vivere videri. Expiravit autem dum comoedus audit, ut scias me non sine causa illos timere. Ultima vox eius haec inter homines audita est, cum maiorem sonitum emisisset illa parte, qua facilius loquebatur: «vae me, puto, concacavi me.» Quod an fecerit, nescio: omnia certe concacavit.* Sobre este fragmento y, en general, para el humor en el culto imperial, véase el epígrafe «Vae puto deus fio» en FISHWICK: *Imperial cult...*, vol. I.2, pp. 295-300, que no agota, en absoluto, el tema. Es interesante confrontar las últimas palabras de este histriónico Claudio con las del Vespasiano de Suetonio –a las que hace mención Fishwick en el epígrafe mencionado– que, según el biógrafo latino, exclamó justo antes de morir: *vae, puto deus fio* (Suet. *Vesp.* 23, 4).

Preguntado acerca de su procedencia contesta, perturbado y confuso, que no sabe, pero que no es ni griego ni romano ni de lengua conocida. Ante esta sorprendente noticia Júpiter ordena a Hércules que vaya a verlo, pues es el habitante del cielo que más países ha recorrido y tal vez pueda identificar de dónde viene tan extraño personaje. «Entonces Hércules, al primer vistazo, quedó horrorizado de veras, como quien no ha temblado aún ante toda clase de monstruos: en cuanto vio esa facha insólita, ese andar anormal, esa voz no de animal terrestre, sino, como suelen tenerla los monstruos marinos, ronca y embrollada» (Sen. *Apocol.* 5.3).⁵⁸ A decir de Séneca, el héroe se sintió como si le hubieran encomendado su decimotercer trabajo. Sin embargo, al fijarse con más detenimiento en el recién llegado, le pareció que había algo de humano en él y le hizo una pregunta facilísima en griego,⁵⁹ comprensible para cualquier chiquillo:

«¿Quién eres, de qué país vienes? ¿En dónde están tu ciudad y tus padres?»
Claudio se alegra de que haya eruditos por allí: confía en que algún lugar habrá para sus historias.⁶⁰

Así pues, para insinuar que es un César con un verso homérico también él dice:

«Junto a los cicones ha ido llevándome el viento de Troya» (Sen. *Apocol.* 5.4).⁶¹

Hércules queda impresionado por la erudición del individuo, pero adviene la diosa Fiebre para indicar que no es nadie de Ulises, sino alguien nacido en Galia, pues Claudio había nacido en Lyon, y que como galo había saqueado Roma. Al oír aquellas insidiosas palabras Claudio monta en cólera y grita amenazas incomprensibles contra la divinidad a la que ordena que conduzcan al suplicio con aquel gesto de su mano suelta y sólo firme cuando de degollar a alguien se trataba. Pero, claro, Claudio ya no estaba entre sus libertos y cortesanos, de modo que nadie hizo caso a sus exabruptos y aspavientos. Hércules le ordena que deje de delirar y le interroga con severidad acerca de su historial. En ese instante Claudio comprende que no está en Roma, sino ante el mismísimo Hércules al que implora ayuda. En ese punto se interrumpe el texto que continúa con la intervención de otro dios que no podemos identificar,

58. *Tum Hercules primo aspectu sane perturbatus est, ut qui etiam non omnia monstra timuerit. Ut vidit novi generis faciem, insolitum incessum, vocem nullius terrestris animalis sed qualis esse marinis beluis solet, raucam et implicatam.*

59. Se burla la obra del emperador que empleaba con frecuencia la lengua griega: Suet. *Claudio* 42.

60. Nueva mofa de las supuestas cualidades del emperador, en este caso de su obra literaria: Suet. *Claudio* 41 y 42.

61. «τίς πόθεν εἰς ἀνδρῶν, ποίη πόλις ἡδὲ τοχῆος». *Claudius gaudet esse illic philologos homines, sperat futurum aliquem historiis suis locum. Itaque et ipse Homericu versu Caesarem se esse significans ait: « Ἰλιόθεν με φέρων άνεμος Κικόνεσσι πέλασσειν».*

quien repasa qué índole de dios puede ser Claudio y lo va ridiculizando ante las distintas posibilidades, como dios epicúreo, estoico, como príncipe de las Saturnales en las que todo estaba permitido de modo que se pasaba por alto las incestuosas relaciones de su entorno, o finalmente como dios de los bárbaros –pues en Colchester se había erigido un templo en su honor⁶² que encuentran propicio para la adoración al imbécil. Al parecer, se organiza un revuelo de preguntas e insinuaciones hasta que Júpiter los manda callar a todos, para que dicten de uno en uno su sentencia razonada.⁶³ Le da la palabra al dios Jano, quien se opone a la aceptación de Claudio entre los dioses.⁶⁴ Sin embargo, poco a poco los dioses se inclinan a favor del nuevo candidato, hasta que llegó el turno a Augusto, quien pronuncia un discurso cargado de elocuencia:

«Yo, senadores, os tomo por testigos de que, desde que fui hecho dios, no he hablado palabra: me ocupo sólo de mis asuntos; pero ya no puedo disimular más ni contener un dolor que mi vergüenza hace más penoso [...] No encuentro, senadores, manera de expresarme: todas las palabras se quedan por debajo de mi indignación [...] Este que os parece, senadores, que no puede ni espantarse una mosca, mataba hombres con la misma facilidad con que un perro se echa al suelo [...] No me queda tiempo para lamentar las calamidades públicas mientras contemplo mis desgracias domésticas [...] Ése que estáis viendo, refugiado tantos años bajo mi nombre, me ha devuelto así el favor, matando a las dos Julias, mis biznietas [...] y a mi tataranieta, Lucio Silano [...] Tú mataste a Mesalina, cuyo tío abuelo era yo tanto como tuyo [...] Mató en una sola familia a Craso, a Magno, a Escribonia [...] ¿A este queréis ahora hacer dios? Ved su cuerpo, nacido en un momento de cólera divina. En fin, que diga tres palabras sin trabarse y me lleva de esclavo. A este dios, ¿quién lo venerará? ¿Quién creará en él? En tanto que hacéis tales dioses, nadie creará que vosotros sois dioses [...] Yo, en consecuencia con mi opinión, propongo esto». Y leyó así de una tablilla: «Como quiera que el divino Claudio mató a su suegro, Apio Silano, a sus dos yernos, Pompeyo Magno y Lucio Silano, al suegro de su hija, Craso Frugi [...] a Escribonia, la suegra de su hija, a su mujer Mesalina y a otros cuyo número no se puede determinar, me parece bien que se proceda contra él rigurosamente y que no se le deje la sentencia en suspenso, que sea deportado cuanto antes y que salga del cielo en treinta días, del Olimpo en tres» (Sen. *Apocol.* 10 y 11).⁶⁵

62. Sobre este culto, véase: FISHWICK: *Imperial cult...*, vol. 1.2., pp. 195-218.

63. Este pasaje de la obra de Séneca recuerda una reunión real del Senado. *La asamblea de los dioses* de Luciano constituye un paralelo en Grecia. En esta obra Momo recrimina a Zeus que haya admitido a dioses insatisfactorios.

64. En *La asamblea de los dioses* las divinidades deciden expulsar a cualquier deidad que no pudiera aportar los siguientes datos: «El nombre de su padre y de su madre, cómo y por qué se convirtieron en dioses, así como su tribu y su clan» (LUCIANO, *La asamblea de los dioses*, 19).

65. «Ego» inquit» p.c. vos testes habeo, ex quo deus factus sum, nullum me verbum fecisse: semper meum negotium ago. Sed non possum amplius dissimulare, et dolorem, quem graviorem pudor facit, continere [...] Quid dicam p. c. non invenio: omnia infra indignationem verba sunt [...] Hic, p.c., qui vobis non posse videtur muscam excitare, tam facile homines occidebat, quam

Tan contundente fue el pariente divinizado en la denuncia de los desmanes del recién fallecido, que no hubo clemencia entre los dioses.⁶⁶ Mercurio, el mensajero de los dioses arrastra a Claudio hacia el infierno de donde nadie regresa. El dios y el tonto que estuvo entre los dioses descienden por la Vía Sacra y de pronto se encuentran ante un tumulto enorme, se trataba sin duda del funeral de un dios, pues el cortejo era impresionante y su aparejo hermosísimo, la música tan estridente que hasta el propio Claudio la pudo oír. Se veía al pueblo alegre, pocos eran los que lloraban, los jurisconsultos y los garantes de la justicia deambulaban demacrados como si hubieran salido de un prolongado cautiverio. Fue así, viendo su propio funeral, como Claudio comprendió que había muerto. Se quedó entusiasmado contemplando su pompa fúnebre, halagado por los elogios que escuchaba, pero Mercurio, ocultándole la cabeza para que no fuera reconocido, lo condujo hasta ese punto entre el Tíber y la vía Tecta por donde se desciende a los infiernos. Y allí rápidamente corre la voz de que Claudio ha llegado. Se repiten las burlas «¿Cómo, dioses donde los hombres?» (Sen. *Apocol.* 13.2)⁶⁷ y lo saludan sus libertos y muchos caballeros romanos a los que había conducido al suplicio. Está presente también otro ajusticiado, el pantomimo Mnéster, cuya decapitación, como consecuencia de sus escarceos amorosos con Mesalina, es también motivo de burla: «Mnéster, al que Claudio, por una cuestión de estética, había hecho más bajo» (Sen. *Apocol.* 13.4-5).⁶⁸ Después se suman al nuevo cortejo los miembros del orden senatorial y todos los parientes ejecutados del emperador que arremeten contra él. Sin embargo, el tonto está ajeno al odio de los ajusticiados y, al verlos a todos juntos, les preguntó en voz alta: «¿Cómo habéis venido vosotros aquí?» (Sen. *Apocol.* 13.6).⁶⁹

canis excidit [...] Non vacat deflere publicas clades intuenti domestica mala [...] Iste quem videtis, per tot annos sub meo nomine latens, hanc mihi gratiam rettulit, ut duas Iulias proneptes meas occideret [...] unum abnepotem L. Silanum [...] Tu Messalinam, cuius aequae avunculus maior eram quam tuus, occidisti [...] Occidit in una domo Crassum, Magnum, Scriboniam [...] Hunc nunc deum facere vultis? Videte corpus eius dis iratis natum. Ad summam, tria verba cito dicat, et servum me ducat. Hunc deum quis colet? Quis credet? Dum tales deos facitis, nemo vos deos esse credet [...] Ego pro sententia mea hoc censeo:» atque ita ex tabella recitavit: «quandoquidem divus Claudius occidit socerum suum Appium Silanum, generos duos Magnum Pompeium et L. Silanum, socerum filiae suae Crassum Fruti [...] Scriboniam socrum filiae suae, uxorem suam Messalinam et ceteros quorum numerus iniri non potuit, placet mihi in eum severe animadverti, nec illi rerum iudicandarum vacationem dari, eumque quam primum exportari, et caelo intra triginta dies excedere, Olympo intra diem tertium».

66. En el Olimpo, de esta forma, ocurre lo que, según se puede inferir por las fuentes, hubiera gustado a los senadores que pasara con más frecuencia en la tierra. En efecto, el Senado se opuso habitualmente a divinizar a los emperadores, aunque con escaso éxito, pues los sucesores tradicionalmente basaban en buena medida su poder en el ensalzamiento del anterior *Princeps*. Véase para los rechazos senatoriales, por ejemplo: D. C. LIX, 3, 7-8, y Suet. *Tib.* 75, 3 (Tiberio); Suet. *Calig.* 90 (Calígula); D. C. LXIX, 2, 5 (Trajano); *Historiae Augustae, Hadrian.* XXVII, 2, *Ant. Pius* II, 5 y V, 1, y D. C. LXX, 1, 2-3 y LXIX, 23, 2-3 (Adriano).

67. «*Quid di ad homines?*».

68. *Mnester pantomimus, quem Claudius decoris causa minorem fecerat.*

69. «*Quomodo huc venistis vos?*»

Uno de ellos, Pedón Pompeyo, enojado, organizó súbitamente un juicio. Se acusa al emperador de dar muerte a 35 senadores asesinados, 321 caballeros romanos y un número incalculable de las demás clases. No se encuentra abogado defensor. Surge uno que entiende la lengua de Claudio, pero apenas iniciado el juicio, auténtica parodia de los juicios imperiales, el presidente anuncia que va a dictar sentencia. Y se produce entonces una larga discusión acerca del contenido del castigo, pues todos estaban de acuerdo en que debía ser una pena nueva, consistente en «una tarea inútil, una apariencia de afán sin consecuencias» (Sen. *Apocol.* 14.5).⁷⁰ El castigo es el culmen hilarante de la obra, pues, como Claudio había sido un jugador empedernido de dados, se le condena a jugar eternamente con un cubilete desfondado. Actividad que el emperador comienza de forma inmediata, con el consiguiente resultado cómico. Pero las desgracias de este tonto, ahora en el infierno, no acaban aquí, sino que se precipitan en una espiral descendente de desgracias: mientras Claudio juega inútilmente a los dados, aparece Calígula que reclama a su tío como esclavo por haberlo azotado de niño. Se le concede el deseo, pero Calígula se lo regala al presidente del tribunal y éste a Menandro, un liberto de Claudio, para que se encargara de las encuestas judiciales. Así, repentinamente, concluye el libelo en el que la realidad histórica, es decir, la suma de este emperador al número de los dioses,⁷¹ se invierte de forma que Claudio acaba expulsado del cielo, castigado en el infierno y, finalmente, degradado a esclavo de un liberto; un final que constituye una burla en sí mismo de otra de las críticas que, como se señaló antes, se hacía de este César en vida: ser esclavo de sus libertos.⁷²

EPÍLOGO: LOS MISERABLES

Las razones por las que Claudio es vapuleado en la literatura de su época son evidentes. Sin duda, el cruel gobernante lo merecía. Pero no podemos eludir una advertencia sobre los peligros de la información. Las imágenes que tenemos de lo real responden a las formas que sobre ellas genera precisamente la información. Por tanto, merece la pena dedicar un instante a las condiciones en las que ésta se produce.

Como hemos visto, nuestras fuentes han sido un caballero romano, Suetonio, implicado en las tareas de gobierno durante el reinado de Adriano, y un consular, Séneca, cordobés de origen que alcanza las más altas potestades durante el reinado del propio Claudio, como preceptor de Nerón, bajo cuyo gobierno llegaría su san Martín. Este dechado de virtudes, el moralista romano, es un miserable capaz de estar sirviendo con denuedo al amo para denostarlo a renglón seguido

70. *Laborem irritum et alicuius cupiditatis speciem sine effectu.*

71. Apoteosis de Claudio: Tac. *Ann.* 12.69; Suet. *Claudio* 45, y *Nerón* 9.

72. Sobre Claudio y sus libertos, véase: Suet. *Claudio* 29.1.

en el momento que la necesidad lo requiere redactando un librito satírico a la usanza de los infames difamadores. Quien dio su palabra para que Nerón ensalzara hasta la divinización a su antecesor, presta su irónica retórica a cuantos se hacen graciosillos repitiendo las ocurrencias ajenas. Pero cayó en desgracia el príncipe de la ética, padeció muerte más digna que su propia vida, y sirvió de modelo a una cristiandad que aún reivindica estas maneras de hacer.

El rey tonto siguió siéndolo aunque sus aduladores dijeran lo contrario, o bien el emperador no era tan tonto como nos querían hacer creer los informadores. Claudio hostigó a los *equites* porque se fiaba más de sus propios libertos como administradores de la cosa pública. Ni los ecuestres ni los senadores pudieron perdonarlo. Ellos poseían los medios de comunicación y se valieron de ellos para que la imagen de Claudio se perpetuara tal y como se nos ha transmitido: un tonto entre los dioses. Pero la difamación del monarca nos pone en la pista necesaria para desenmascarar al intelectual más merecedor de vilipendio. A pesar de lo cual, Occidente sigue venerando a Séneca, capaz de escribir la epístola 47 a Lucilio en la que pretende que los esclavos tengan el mismo trato que los libres cuando él, terrateniente, usa su mano de obra con la misma impunidad que los grandes propietarios hasta que se logra la convicción de que el esclavismo es éticamente deplorable. No, no fue el cristianismo quien introdujo esa convicción, es un mérito que debemos a la cultura laica Occidental de los siglos XVIII y XIX.⁷³ Séneca no es ejemplo de bondad. Es un magistral escritor, pero a la vez, un abominable hipócrita capaz de usar al tiempo dos cálamos sin que se le tuerzan las líneas.⁷⁴ Es el personaje que escribió un día sobre el gobierno de Claudio:

Mientras gobierne él las tierras y muestre cuánto mejor se guarda el poder con favores que con armas, mientras esté él al frente de los destinos de los hombres, no hay peligro de que sientas que has perdido algo (Séneca, *Consolación a Polibio* 12.3).⁷⁵

73. La bibliografía sobre el abolicionismo y las posturas frente a la raza negra y el esclavismo es muy amplia. Véase, por ejemplo: H. E. PAGLIARO (ed.): *Racism in the Eighteenth Century*, Cleveland, 1973, y P. LINEBAUGH y M. REDIKER: *The Many Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston, 2000. Resulta, en este sentido, interesante la copiosa producción de M. Bernal sobre la raza negra y la formación de la disciplina académica de los Estudios Clásicos, véase en última instancia: M. BERNAL: «La importancia de la raza negra en la formación de los Estudios Clásicos», *Revista de Historiografía*, nº 7, 2007, pp. 46-56.

74. La hipocresía de Séneca ya aparece en escritores antiguos, como Dion Casio (D.C. 61.10). También en contra del autor se mostró Tácito (*Ann.* 13.40) que lo acusó, como Dion, de amasar inmensas fortunas a pesar de predicar el estoicismo. Cf. VEYNE: *Séneca...*, pp. 26-29.

75. *Illo moderante terras et ostendente quanto melius beneficiis imperium custodiatur quam armis, illo rebus humanis praeside[n]te non est periculum, ne quid perdidisse te sentias.* Se utiliza la trad. de Juan Mariné Isidro en BCG 220. Véase, junto a dicho volumen, el comentario a la obra en VEYNE: *Séneca...*, pp. 195-198.

Y le sugirió al liberto Polibio para consolarlo por la muerte de su hermano que se alzara cuando le asaltaran las lágrimas y dirigiera sus ojos a Claudio, pues éstos:

Se secarán con la contemplación de la más grande y más brillante divinidad; su resplandor los deslumbrará de manera que no puedan mirar ninguna otra cosa, y los mantendrá clavados en él (Séneca, *Consolación a Polibio* 12.3).⁷⁶

En el colmo de la doblez, anima a este mismo Polibio a redactar «los hechos de tu César [Claudio] a fin de que se transmitan a través de todos los siglos gracias a la publicación de un íntimo suyo; él, en efecto, te proporcionará material y a la vez ejemplo en cuanto a ordenar y describir perfectamente sus hazañas» (Séneca, *Consolación a Polibio* 8.2).⁷⁷

El comportamiento de aquél hipócrita denunciado por Dion Casio (D.C. 61.10) no fue más recto en otros ámbitos de su vida. Tanto Dion Casio, como ya antes Tácito (*Ann.* 13.40), nos informan de la inmensa fortuna acumulada por Séneca. Según Tácito (*Ann.* 13.42.4), Publio Suilio, conocido personaje público que había sido cuestor de Germánico, conspirador contumaz al amparo de Claudio y enemigo de Séneca decía de él: «¿Por medio de qué sabiduría, de los preceptos de qué filósofos se había ganado en cuatro años de amistad con el príncipe trescientos millones de sestercios? Añadía que en Roma los testamentos y los viejos sin descendencia eran cazados en una especie de red que él tendía, que Italia y las provincias estaban exhaustas por su insaciable usura...».

Dion Casio, ya lo hemos adelantado, lo considera un propietario riquísimo que no dudó en usar los más deleznable procedimientos para ampliar su fortuna. Poseedor de enormes predios en Britania, se dedicó al préstamo usurario y jamás perdonó a ningún deudor, hasta el extremo de que incluso llega a señalarlo como causante de la guerra contra los britanos, con ocasión de la rebelión de Boedica,⁷⁸ precisamente por su despiadada actuación, pues nunca renunció a la violencia para lograr el cobro de los préstamos a intereses desmesurados sin perdonar ni la última moneda, especialmente a la alta nobleza.⁷⁹ El propio

76. *Siccabuntur maximi et clarissimi conspectu numinis; fulgor eius illos, ut nihil aliud possint aspicere, praestringet et in se haerentes detinebit.*

77. *Tunc Caesaris tui opera, ut per omnia saecula domestico narrentur praeconio, quantum potes, compone: nam ipse tibi optime formandi condendique res gestas et materiam dabit et exemplum.*

78. D. C. 62.2.1; E. W. BLACK: «The First Century Historians of Roman Britain», *Oxford Journal of Archaeology*, 20.4, 2001, pp. 415–428. Sobre la perspectiva historiográfica del imperialismo romano en esta actuación véase: E. ADLER: «Boudica's Speeches in Tacitus and Dio», *Classical World*, 101.2, 2008, pp. 173–195.

79. Cf. VEYNE: *Séneca...*, pp. 26–29. Una vez más Veyne sale en defensa del filósofo para hacernos creer que no es conveniente separar al personaje de la realidad de su época en la que los grandes propietarios actuaban de ese modo. Al menos, otros explotadores no se dedicaron a dar lecciones de ética durante veinte siglos.

Dion Casio (62.2.1) señala que los britanos habían contraído una deuda de 40 millones de sestercios con Séneca, cifra descomunal si no está equivocada.⁸⁰ Ese es el ejemplo real del estoicismo clásico.

De esta forma, el mismo Séneca que vituperó con sorna a Claudio y que le achacó sus asesinatos, su falta de talento y su imbecilidad, lo había ensalzado durante su reinado en la *Consolación a Polibio*, que se data entre el 41-49, y justo después de la muerte del emperador en el discurso fúnebre pronunciado por Nerón ante el Senado. Confrontadas estas dos caras de Séneca, no nos satisface la opinión de los investigadores que, como Currie, relacionan este comportamiento falaz y doble del escritor con un trastorno paranoico,⁸¹ ni tampoco, por supuesto, la de aquellos estudiosos de Séneca que ensalzan su bondad y moralidad y niegan las inconsistencias y contradicciones del filósofo.⁸² La interpretación que defendemos es más sencilla: Séneca fue un engañador, maestro de columnistas, que paladean el recurso a la lengua más afilada para defenderse de sus propias miserias, y no dudó en adular y vituperar a la misma persona según las circunstancias. Con su comportamiento, el autor demostró que estaba profundamente de acuerdo consigo mismo cuando afirma que «no hacen los filósofos lo que predicán».⁸³ Así pues, visto lo visto, habría que dar la razón a Nerón cuando hartado de los sermones de Séneca exclama: «Sea lícito hacer lo que Séneca desaprueba» (*Oct.* 589).⁸⁴ Es lo que resulta de una vida tan desajustada a la moral pregonada. ●

80. W. SCHEIDEL: «Finances, Figures and Fiction», *The Classical Quarterly*, New Series, 46.1, 1996, pp. 222-238.

81. H. M. CURRIE: «The purpose of the Apocolocyntosis», *Ant. Class.*, n° 31, 1962, pp. 91-97.

82. Véase, por ejemplo: G. USCATESCU: *Séneca, nuestro contemporáneo*, Madrid, 1965. Asimismo, aunque menos exaltada, la valoración redentora de Rodríguez Adrados en RODRÍGUEZ-PANTOJA, *Séneca...*, p. 11: «De preceptor y consejero del príncipe, Séneca había pasado a ser parte importante de la oposición. Un nuevo e inesperado papel, después de tantos papeles, para la estrella de la Bética. La filosofía pudo más en él, al final que sus ambiciones. De su sinceridad no puede dudarse, ya. Es con esto ya Séneca un héroe moderno, Séneca, luchando en la resbaladiza encrucijada de la moral y la política, del intento de influir sobre el poder y el choque ineluctable con el poder».

83. *Non praestant philosophi quae loquuntur*, SÉNECA, *Sobre la felicidad* 20.1 (trad. J. Mariné Isidro, BCG 276).

84. *Liceat facere quae Seneca improbat*. Véase P. KRAGELUND: «The Prefect's Dilemma and the Date of the Octavia», *The Classical Quarterly*, New Series, 38.2, 1988, pp. 492-508.